

## LAS "VIRTUDES VIRILES" DE DUARTE

Por Vetilio Alfau Durán

El inolvidable autor de A PUNTO LARGO y cincelador maravilloso de HELIOTROPO, príncipe del decoro nacional que en los días de "la pura y simple" consagró los diamantes de su pluma y las perlas de su corazón a la causa del nacionalismo de una manera edificante y ejemplar, agotando en la campaña sus propios recursos económicos, tuvo la inadvertencia de acoger sin examen infundadas tradiciones interesadamente mantenidas contra Duarte. No advirtió el gran escritor, cuya dedicación al estudio de la historia la inició muy tarde, ya en el otoño de su noble vida, que ninguno de los altos próceres de América que en la lucha por la libertad se agigantaron, ha sido tan detractado y tan injustamente negado como Juan Pablo Duarte, en vida y en muerte (1).

En efecto, el doctor Américo Lugo escribió que Juan Pablo Duarte "ante la persecución y la inminencia del peligro, las cuerdas de su virilidad se aflojaron y rompieron". (Revista Bahoruco núm. 184, S. D. 3 marzo 1934, página 5). La verdadera historia, empero, la que no desnaturaliza ni desfigura los hechos, apoyada en documentos fehacientes de la mayor fuerza probante, afirma y demuestra precisamente lo contrario. Vamos a ver esos conocidos documentos de cuya autenticidad no es dable dudar.

Pero antes debemos señalar que el mismo doctor don Américo Lugo incurre en contradicción, y entonces es presa de la verdad, cuando escribe que Duarte fue hombre "de ningún modo exento de valor personal y de pundonor militar". (Figuras americanas, en el número 187 de Bahoruco, S. D. 24 marzo 1934, pág. 11).

**EJEMPLO PATERNO.**—Una de las más altas notas de valor cívico que consigna nuestra Historia, es la que en 1822 ofre-

---

(1) V. Nuestras anotaciones acerca de LA NEGACION DE DUARTE, con indicaciones bibliográficas, en la revista JUVENTUD UNIVERSITARIA número 114-115, S. D. enero-febrero 1950.



ce el honorable español “y buen dominicano don Juan José Duarte”. El historiador García, historiando las pérfidas maniobras del grupo de siempre, escribe: “Don Juan Duarte, padre del caudillo que inició los trabajos revolucionarios que dieron por resultado la creación de la República Dominicana, fue el único comerciante catalán que se negó a firmar el escrito que sus compañeros dirigieron a Boyer. Hombre de conciencia recta y de sentimientos puros, no quiso asociar su nombre a un acto censurable, y al proceder con tanta nobleza e hidalguía, anticipó al heredero de sus virtudes la gloria de sacrificar más tarde su porvenir por dar a sus conciudadanos una patria que, pródiga para con todo el mundo, sólo para con él no ha usado de larguezas ni favores”. (MEMORIAS PARA LA HISTORIA DE QUISQUEYA. Imprenta de García Hermanos. S. D. 1876, tomó I, pág. 48).

Cuando apareció esta obra, Duarte pasaba a mejor vida en Caracas. García escribió inadvertidamente “catalán” en lugar de “andaluz” debido a que como la generalidad de los comerciantes españoles de esa época eran catalanes, se decía corrientemente cuando se aludía a ellos “los catalanes”. En 1843, cuando la visita del General Charles Hérard a esta ciudad, don Juan José Duarte dio notaciones de energía cuando se negó a que oficiales haitianos dejaran en su casa una bandera colombiana con aviesos propósitos. (Diario de Rosa Duarte, en la revista Clío número 64, página 25). Para estos días don Juan pisaba los umbrales de la tumba, pues cuatro meses después, el 25 de noviembre de ese mismo año, su cadáver recibía cristiana sepultura en la bóveda de la capilla del Rosario del templo parroquial de Santa Bárbara. El 30 de agosto había dictado su Testamento.

EN LA REFORMA.—En la tarde del 24 de marzo de 1843 Juan Pablo Duarte, armado de espada, estuvo a la cabeza del encuentro bélico que tuvo lugar en la Plaza de Armas, hoy parque de Colón, breve combate en el cual Pedro Alejandrino Pina, según el historiador García, “se señaló por su arrojo y decisión junto con Ramón Mella y Juan Isidro Pérez”. (Biografía de Pina, en Rasgos biográficos, S. D. 1875). Fue en ese breve e inesperado combate, en donde Duarte y los jóvenes que le eran adictos recibieron el bautismo del fuego. Fueron, empero, derrotados;



no se desalentaron y dos días después eran halagados con el éxito (2).

EN EL CAMPAMENTO DE BANÍ.—El 19 de Marzo de 1844 el improvisado general Pedro Santana libró en las calles de la ciudad de Azua el combate que detuvo el avance victorioso del Presidente Charles Hérard Riviere, quien sediento de venganza venía a destrozlar la Proclamación hecha por los dominicanos el 27 de Febrero. Las tropas dominicanas, después de haber vencido, por razones de orden militar, se replegaron a Sabanabuey y a Baní, en donde establecieron el Cuartel General del Ejército Libertador, colocándose ventajosamente en actitud defensiva; y fueron tan acertadas las medidas tomadas, que cada vez que los quince mil haitianos acantonados en Azua intentaron avanzar, otras tantas veces fueron contenidos hasta con piedras, dada la escasez de armas. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que aquellos desarrapados y mal armados soldados salvaron allí la causa nacional.

La retirada a Baní hizo surgir temores; la creencia general era que las tropas dominicanas necesitaban de extraño auxilio, pues las haitianas agresoras eran numéricamente superiores y estaban provistas de mejores armamentos, ya que el Presidente Boyer se había llevado de Santo Domingo “para Puerto Príncipe las mejores y más gruesas piezas de artillería, de las cuales muchas tenían su historia”, como escribe Nouel (3). Duarte llegó a esta ciudad, procedente del exilio, el 15 de Marzo, cuando el recuerdo de las atrocidades de Toussaint, de Dessalines y Cristóbal y los atropellos de Riviere flotaba en el ambiente como fantasma pavoroso y el temor lo envolvía todo. Es cierto que para aquellos días de aprieto había ya varios próceres “febreristas” investidos con la graduación de “general”, pero el publicista dominicano, de extendida fama, doctor Alejandro Angulo Guridi, refirién-

---

(2) La mayor parte de los “reformistas”, dice el canónigo don Carlos Nouel, no llevaban más que pistolas, escopetas, uno que otro trabuco y armas blancas. (Historia Eclesiástica, tomo II, pág. 428).

(3) Historia Eclesiástica, tomo II, pág. 329.



dose a aquellos momentos angustiosos y de profunda incertidumbre, afirma que aquellos flamantes generales “no fueron a hacer buena su faja ante el enemigo común ” (4).

La Junta Central Gubernativa, en fecha 21 de Marzo de 1844, se dirigió al recién llegado “General de Brigada Juan Pablo Duarte, Comandante del Departamento de Santo Domingo y miembro de la misma corporación” por medio de la siguiente carta: “Compañero y amigo: Siendo de necesidad en la armada expedicionaria del Sud, que además del Jefe expedicionario General Santana, haya otro oficial superior que pueda reemplazarlo en caso de falta y que le ayude y coopere con él a la defensa de la Patria en la agresión que nos han hecho los haitianos, usted, se dispondrá a marchar inmediatamente para el Cuartel General con la División que sale hoy bajo sus órdenes, y se pondrá de acuerdo con dicho General Santana para todas las medidas de seguridad y defensa, procurando que sean en armonía con nuestra resolución de ser libres o morir y según los principios que hemos proclamado. Saludamos a Ud. afectuosamente, el Presidente de la Junta, Bobadilla.— C. Moreno.— Felis Mercenario.— Valverde.— Medrano.— Caminero.— Abreu.— S. Pujol”.

Un distinguido escritor y crítico de nuestra historia, ponderando “los graves inconvenientes que aparejan los poderes colectivos (especialmente en lo militar) para imprimir marcha enérgica y decisiva a los acontecimientos”, considera “grave error y falta de sentido político de la Junta Central Gubernativa” el envío de Duarte al Campamento de Baní. (5). Esta es una opinión respetable, pero discutible.

No reparó Duarte en los peligros, ni se detuvo a pensar que iba a un campamento de tropas colecticias a compartir el mando con un jefe agreste, envuelto aún por los horrores del triunfo; hombre indócil, “favorecido de aptitudes guerreras” a quien “ya se le conocía ventajosamente por actos de individual entereza y juzgábasele hombre valeroso”, como escribe don Mariano Antonio

---

(4) Temas políticos. Santiago de Chile, 1892, tomo II, pág. 112.

(5) Consideraciones acerca de nuestra independencia y sus prohombres, por Rafael Abreu Licairac. Imp. Cuna de América, S. D. 1894, p. 20.



Cestero (6), “valor que, según el general español La Gándara, no lo abandonó nunca”; (7); y quien desde el primer momento supo “utilizar el prestigio que le había proporcionado en el Ejército el triunfo espléndido que obtuvo en Azua sobre las huestes haitianas”, como lo señala don José Gabriel García en sus Rasgos biográficos de dominicanos célebres. (S. D. 1875, pág. 183).

Lo cierto es que “Duarte, henchido de esperanzas, como escribe Tejera, se preparó para ir a combatir el enemigo, que persistía en su proyecto de reducir a nueva esclavitud la naciente República. ¡Qué lejos estaba de pensar que ya había llegado a la cumbre de su Tabor, y que lo que se figuraba celajes de gloria, era el vaho infecto de la envidia y la ingratitude, y lo que tomaba por palmas de triunfo, los brazos de la cruz dolorosa en que debía ser ajusticiado por los mismos que acababan de deberle la libertad!” (Monumento a Duarte, pág. 21). Con rapidez y paso firme, extraño a toda demora y a toda vacilación, se encaminó al Campamento de Baní y “en Sabana Buey estuvo a la cabeza de la vanguardia del Ejército del Sur”. (Tejera, Obra citada, pág. 21).

No pudieron ponerse de acuerdo los dos jefes en el Campamento General de Baní para actuar conjuntamente frente al enemigo. Mientras Santana optaba por mantenerse a la defensiva, Duarte, impaciente, lleno de entusiasmo bélico, era partidario de abrir operaciones de ataque y quería actuar por su cuenta, independientemente de Santana, y por tres veces se dirigió a la Junta Central Gubernativa impetrando para ello su autorización. Desde el Cuartel General de Baní, y en fecha primero de Abril de 1844, escribe a la Junta Central Gubernativa la siguiente carta: “Es por tercera vez que pido se me autorice para obrar solo con la división que, honrándome con vuestra confianza, el 21 del pasado, pusisteis bajo mi mando para que, en todo de acuerdo con el general Santana, tomara providencias de seguridad y defensa de la Patria. Hace ocho días que llegamos a Baní, y en vano he so-

---

(6) 27 DE FEBRERO DE 1844. Imp. Cuna de América, S. D. 1900, p. 21.

(7) ANEXION Y GUERRA DE SANTO DOMINGO. Madrid, 1884, tomo II, p. 36.



licitado del general Santana que formemos un plan de campaña para atacar al enemigo, que sigue en su depravación oprimiendo a un pueblo hermano que se halla a dos pasos de nosotros. La división que está bajo mi mando sólo espera mis órdenes, como yo espero las vuestras, para marchar sobre el enemigo seguro de obtener un triunfo completo, pues se halla diezmado por el hambre y la desertión. (8), —Dios Guarde a Uds. muchos años— Juan Pablo Duarte”.

La Junta Central Gubernativa no obtemperó a las reiteradas solicitudes de Duarte, y el día 4 del mismo mes resolvió llamarlo a esta ciudad, como consta también en documento fehaciente.

Don Mariano Antonio Cestero hace resaltar que cuando el repliegue a Baní, Duarte “se ofrece insistente para dirigir operaciones de avance” (Obra citada, pág. 67); y en la misma página de la obra acabada de citar, refiriéndose también a Duarte, a un episodio de que no tenemos otra noticia, consigna que “en lance finjido por Santana, para probar su valor personal, muéstrase sumamente animoso”.

Como se evidencia, Duarte mostró firmeza y valor para marchar sin vacilaciones y sin pérdida de tiempo al Campamento de Baní, que era la línea de fuego que contenía al peligroso e implacable enemigo; ni tampoco le faltó hombría para enfrentarse al “hosco hatero que personificaba el valor y el heroísmo” en aquellos días memorables.

UNA CLARA ALUSION.—En el discurso que pronunció en la Habana, Cuba, el 27 de febrero de 1884, el veterano general dominicano don Pedro Gautreaux y Guirao, hay una clara alusión

---

(8) Santana, hombre práctico “dotado de nativo don guerrero” como señala Cestero, hijo de uno de los héroes de Palo Hincado, consideraba prudente mantenerse a la defensiva, confiando ciertamente que el enemigo “diezmado por el hambre y la desertión” se aniquilaría, pues era un ejército agresor, distante por la difícil vía terrestre de sus fuentes de abastecimiento e imposibilitado de ello por la vía marítima, gracias a la flotilla improvisada por los dominicanos que recibía ayuda de barcos franceses. Don Emiliano Tejera señala que “los triunfos de Santana en Azua y de Imbert en Santiago, permitieron la constitución de la República Dominicana. Pierrot y los demás enemigos de Rivière hicieron el resto”. (Monumento a Duarte. Imp. de García Hermanos, S. D. 1894, p. 15).



a la corriente de intrigas que se desprendieron del Campamento de Baní en 1844. “Análogo al pronunciamiento de la Capital se efectuó el de la Provincia del Seibo con el general Santana a su frente, quien con huestes respetables de patriotas marchó, batió y venció las formidables fuerzas haitianas el 19 de Marzo del 44 en la ciudad de Compostela de Azua, reduciendo a sus antiguas posesiones al invasor. Por ambiciones políticas sucedieron luego ciertas divergencias que dieron por resultado el que varios de los más beneméritos próceres quedaron postergados y que, el por siempre invicto general Santana, General en Jefe de los Ejércitos Nacionales y Presidente de la República, tuviera la exclusiva gloria de arrojar y vencer al enemigo en cien combates en las diversas expediciones contra los haitianos hasta consolidar la Separación”. (El Eco de la Opinión núm. 252, S. D. 2 mayo 1884). El historiador Tejera, refiriéndose al “período de SOSTENIMIENTO o CONSOLIDACION” de la Independencia Nacional, consigna que en él se distinguieron “como los actores principales” los generales “Imbert, Duvergé, Salcedo, los Puellos, y sobre todo Santana, héroe de la primer batalla librada contra Haití y Director de las operaciones militares en todo ese lapso de tiempo”. (Monumento a Duarte, página 35).

Es innegable que durante el largo período de “sostenimiento” y de “consolidación” de que habla Tejera, Pedro Santana tuvo bajo su mando y ayudó a formar, como dice Abreu Licairac, militares tan valientes y que luego alcanzaron tan sólida y tan merecida fama como Máximo Gómez, Modesto Díaz, Juan Tejada, José Valera, Joaquín y Eusebio Puello, José María Moreno, José María Cabral, Luis Marcano, Manuel de J. Tejera Penson y otros muchos (9).

---

(9) La mayoría de estos valerosos militares que salpicaron nuestras guerras separatistas de tantos hechos heroicos, se ausentaron del país en 1865 y se establecieron en Cuba; y cuando en 1885 el conflicto dominico-haitiano estuvo a punto de desatar la guerra entre los dos países, estando “el general Billini en la Presidencia de la República y el Padre Billini en la dirección de la Sociedad fundada para la Defensa Nacional”, como escribe Hostos, se aprestaron a venir a poner sus espadas al servicio de la tierra que acunó su nacimiento.



EN LA RESTAURACION.—Cuando el país ardía en la guerra contra España después del épico grito restaurador de Capotillo, tan pronto como éste repercutió en el fondo del Apure, en las selvas venezolanas, por donde comunican el Orinoco y el Amazonas, escenario de la famosa novela “Doña Bárbara”, y Duarte se enteró de ello, buscó hasta encontrar los medios de armar una expedición para dirigirse al campo insurrecto de su patria en armas. Sin reparar en los peligros, sin pensar que la escuadra española, ya compuesta de barcos de vapor, hacía el crucero de las aguas del Caribe, en cuyo archipiélago era dueña de Cuba y Puerto Rico, armó en guerra una goleta e hizo rumbo a su patria con un puñado de valientes, entre los que se contaba su ilustre hermano Vicente Celestino Duarte y Díez, cuyo heroísmo en medio del fragor de los combates arrancó inflamados elogios a Gregorio Luperón. En la ruta tuvo que esquivar la persecución de un crucero enemigo, el vapor español “Africa”, lo que le obligó a buscar refugio para evadirlo (10).

Durante los veinte años de exilio el infortunio había clavado garras en su cuerpo, aniquilándolo. Así, envejecido, con la huella del estrago marcada en su rostro, desembarca en el territorio nacional, en pleno Cibao, que estaba en guerra, desembarca, dice, “a protestar con las armas en la mano, contra la anexión a España”, se presenta al Gobierno Provisional Restaurador establecido en Santiago, le ofrece sus servicios y le hace esta categórica afirmación: “Por desesperada que sea la causa de mi Patria, siempre será la causa del Honor, y siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre”. (Archivo de Duarte, en el Núm. 62 de Clío).

---

(10) En efecto Luperón “salvó todos sus heridos, sostuvo un combate admirable de retirada en la gran Sabana del Guabatico, donde mostró rasgos sublimes de valor don Celestino Duarte, que era Comisario Pagador de la tropa, a quien Luperón, mirando lo comprometido de la situación por la superioridad de la fuerza enemiga, mandó retirarse del combate, dada la ancianidad de Duarte; mas el ilustre patriota se resistió respondiendo: “No me retiraré, General, que hoy hay gloria para todos los dominicanos”. (Notas autobiográficas y apuntes históricos, tomo I, pág. 216-217).





El 21 de abril de 1864, Duarte se dirige al Gobierno Provisional Restaurador, desde la misma ciudad de Santiago, y le dice: “El deseo de participar de los riesgos y peligros que arrostran en los campos de batalla los que con las armas en la mano sostienen con tanta gloria los derechos sacrosantos de nuestra querida Patria, y la falta de salud que experimentaba al recibir la nota de fecha 14 del que cursa, por la cual se me ordenaba alistarme para emprender viaje a ultramar, me compelieron con harto sentimiento de mi corazón a renunciar al alto honor que se me dispensaba en la importante misión que se trató de encomendarme; pero al ver el modo de expresarse, con respecto a mi vuelta al país, el DIARIO DE LA MARINA, se han modificado completamente mis ideas y estoy dispuesto a recibir vuestras órdenes si aún me juzgáreis aparente para la consabida comisión, pues si he vuelto a mi patria después de tantos años de ausencia ha sido para servirla con alma, vida y corazón, siendo cual siempre fui motivo de amor entre todos los verdaderos dominicanos y jamás piedra de escándalo, ni manzana de la discordia”. (Archivo de Duarte, en el núm. 62 de la revista Clío, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, enero-junio 1944, pág. 100).

El venenoso artículo aparecido en la edición del renombrado periódico de La Habana correspondiente al 28 de marzo de 1864, endilgado contra Duarte “sujeto que hizo gran papel —dice— en 1844, cuando se formó la República Dominicana”, estaba sagazmente dirigido a sembrar el divisionismo entre los elementos civiles y los militares que integraban armónicamente el Gobierno Restaurador. Se recordaba en el consabido escrito que Duarte “había sido proclamado entonces (1844) como el primer presidente en el Cibao” y que ahora “por haberse unido a la pésima causa de la rebelión, Benigno Rojas y los dos o tres jefes menos ignorantes pretenderán sacar gran partido para con los suyos”, agregando que “se pretenderá dar a Duarte la significación de un grande hombre capaz de hacer milagros”. Este maquiavélico escrito, que gracias a la ilustración y al espíritu comprensivo del abnegado Fundador de la República no produjo todo el efecto diabólico que revela su intención, se conoce hoy gracias al Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, quien lo reprodujo en su importante estudio DUARTE Y LA RESTAURACION. (La



Nación, 16 de julio 1941).

A GUIA DE EPILOGO.—Un profundo conocedor y crítico de nuestra historia, el honrado y pulcro ciudadano Lic. Leonidas García Lluberes (1882-1962), escribió al final de su artículo DUARTE EN CAMPAÑA (Listín Diario, 27 febrero 1928) lo siguiente: “Una atenta lectura de estos valiosos documentos, engendrará en el ánimo del dominicano consciente e imparcial, el firme convencimiento de que Juan Pablo Duarte, el primer hombre de la Revolución de la Independencia, aspiró con legítimo orgullo a singularizarse también en los campos de batalla”. CRITICA HISTORICA, editora Montalvo S. D. 1964, p. 208). (11).

UNA LECCION EJEMPLAR.—Como en todos los actos de su fecunda vida, Juan Pablo Duarte ofrece durante su breve misión militar al Campamento Libertador de Baní, un edificante y claro ejemplo de austeridad y de moral administrativa en el manejo de los fondos públicos, cuya recordación es siempre oportuna. A su regreso a esta ciudad presentó al tesorero don Miguel Lavastida un pormenorizado estado de cuenta contentivo de los gastos que efectuó durante su misión. De los mil pesos que le fueron entregados hizo erogaciones por ciento setenta y tres pesos. (\$173.00) y reintegró al tesoro público la cantidad de ochocientos veinte y siete pesos, (\$827.00) que no había gastado.

De un amigo de Duarte, de don Emiliano Tejera, dijo el doctor don Américo Lugo: “Sólo sé que de regreso de Roma a donde había ido enviado en misión extraordinaria ante el Santo Padre, devolvió al Gobierno, de la suma de dinero votada para el viaje,

---

(11) Indudablemente que Juan Pablo Duarte fue, en grado eminente, un prócer civil, y por causas ajenas a su voluntad no se significó como militar en los campos de batalla, como fue evidentemente su propósito, en memorables ocasiones de los días de la Independencia y de la Restauración. Pero puso de manifiesto, cada vez que el caso lo requería, que era hombre másculo, que realmente alentaba “virtudes viriles”, como las alentaron Núñez de Cáceres, Espaillet y otros próceres civiles. Núñez de Cáceres frente a Boyer el 9 de febrero de 1822; Espaillet frente a los conjurados del 5 de octubre de 1876.



la cantidad que le había sobrado". (Cartas al Listín, pub. en el número 7667 del Listín Diario, S. D. 17 diciembre 1914). Aunque raros, los buenos siempre tienen imitadores.

El mismo don Américo Lugo hizo repetición del ejemplo duartiano. "En 1909 fui nombrado —dice— delegado a la Junta de Jurisconsultos de Río de Janeiro. Me dieron \$3.000. Gasté \$1.500 y devolví \$1.500, imitando en ello, como imito en casi todo, a Don Emiliano Tejera". (LA INTERVENCION AMERICANA, VI, en el número 8217 del Listín Diario, S. D. 9 de octubre de 1916).

LOS ORIGENES.—El principio de la implacable y ya secular cruzada desacreditadora de la vida y de la obra de Juan Pablo Duarte y Díez, cuyo gran pecado fue darle a sus conterráneos el don supremo de una patria, para cuya empresa dio "nombre, juventud, fortuna, esperanzas, cuánto era, cuánto podía ser" y perdió "amor de madre, cariño de hermanas, afectos juveniles tan caros al corazón, ilusiones de perpetuidad, cimentadas en un heredero de nuestra sangre y nuestras virtudes" como escribe Tejera (Monumento, pág. 8), se encuentra en la famosa PROCLAMA del 28 de julio de 1844, lanzada expresamente con ese propósito por el general Pedro Santana. En dicha Proclama, como observa el historiador don Emilio Tejera Bonetti en las acotaciones que le dedicó al reproducirla, "el general Santana olvida con frecuencia que los documentos oficiales deben ser escritos con serenidad y exactitud" y "no vacilaba en llegar hasta los más violentos insultos" (Revista Clío número 21, S. D. mayo de 1936, pág. 68). (12).

---

(12) No puede negarse que "la fatídica REACCION, ya entronizada en nuestro Patria con Bobadilla y Santana a la cabeza desde antes del 27 de Febrero de 1844, a causa de la obligada ausencia del insustituible caudillo de la revolución" como escribe el Lic. Leonidas García Lluberes (Crítica Histórica, página 209), fue de consecuencias funestas, pues, como observa don José Gabriel García "Duarte y Santana, sin pérfidos intermediarios, habrían podido poner en su lugar el fiel de la balanza de las libertades públicas, el uno con su cabeza y el otro con sus brazos". (Coincidencias Histórica, Imp. de García Hermanos, S. D. 1891, pág. 41).



En el mencionado documento en que se le niega todo y se lee: “El anarquista Duarte, siempre firme en su loca empresa” y en que toda suerte de adjetivos insultantes ruedan como guijarros, hay algo que sorprende. En medio del torrencial desbordamiento el agresor no esgrime ni le enrostra a Duarte su palabra favorita: “COBARDE”; y es que “no, que no podía”, para decirlo con los famosos versos de Lope de Vega que fulguran en el LAUREL DE APOLO.

